Manuel Pereira, *Un viejo viaje*, 2010, México, Textofilia Ediciones, colección Lumía, número 6, 333 pp.

RECEPCIÓN: 19 de mayo de 2011.

ACEPTACIÓN: 24 de mayo de 2011.

Largo viaje de un paramecio

La novela de Manuel Pereira trata, como lo advierte el título, de viajes. Por esto voy a recordar un verso de Fernando Pessoa que, a su vez, evoca un verso glorioso de navegantes antiguos: “navegar es preciso, vivir no es preciso”.

Como navegar es un arte y un oficio casi olvidado (no se navega en un crucero, donde sus ocupantes van de espaldas al mar, ni en una lancha para hacer fotografías de caletas, caletillas y caletones), voy a cambiar la voz navegar por otra, que la ha reemplazado: volar, aunque realmente no se vuela cuando se atraviesan los océanos en esos incómodos aparatos que transportan hordas de turistas dispuestos a pisotear monumentos y museos a lo largo del ancho mundo. Se navega, y es una manera inesperada de volver al oficio, para escapar del “zoocialismo” tropical, en lanchas improvisadas que a veces no llegan a puerto. Y se vuela en realidad para tratar de huir del Gulag tropical, como ocurre en el caso de Lucio Gaitán, el protagonista de esta novela. Pero, ¿hacia dónde se dirige este candidato a fugitivo de la jaula zoocialista? No viaja engañado porque no vuela rumbo al enigmático Paradiso de Lezama Lima, que ya es un miltoniano paraíso perdido, sino en dirección a la jungla capitalista, en donde se plantea un dilema de corte shakesperiano: ¿volver o no volver al zoológico zoocialista?

En el madrileño aeropuerto de Barajas, Lucio Gaitán se pone a pensar que todas las utopías tienen como escenario islas, y que la puesta en práctica de esas utopías las convirtió en cárceles, como ocurre en el caso de la llamada “Perla de las Antillas”, Cuba, cuyo capataz, un dictador apodado “el Caballo”,

RESEÑAS

administra su zoológico de fieras amaestradas mediante inquisitoriales instrumentos, tan variados como eficaces: la policía política, militar y revolucionaria (los CDR o Comités de Defensa de la Revolución), la mentira, el miedo, la delación, las falsas promesas y el hambre.

Al igual que todos sus pares, este peculiar zoológico zoocialista es visitado por turistas de izquierda, que de regreso a la jungla capitalista de origen cuentan que en la isla las fieras viven felices en total libertad. Hago una digresión para confesar que yo fui uno de esos turistas. Invitado por los administradores del zoocialismo tropical estuve en Cuba en diciembre de 1966. Fui recibido como si fuera Alí Pásha, o al menos eso sentí. Me hospedaron en el hotel Habana Hilton, que había sido rebautizado como Habana Libre, pero que no dejaba de ser un Hilton, aunque empezaba a dar muestras de deterioro, impropias de estos hoteles en la jungla capitalista. En la habitación me recibieron cajas de habanos Partagás, cigarrillos H. Upmann, botellas de un ron que ya no llevaba la etiqueta Bacardí, flores y una caja de chocolates. Asistí a una recepción oficial en el Palacio de la revolución. Por entonces no caí en cuenta del oxímoron palacio-revolución, pero resulta lógico si sigo a Lucio Gaitán cuando razona que el comunismo es una prolongación de la Edad Media, y por lo mismo, no es incongruente que el lugar de las celebraciones revolucionarias sea un palacio, en donde el Caballero hablante del Zoo recibe a sus invitados. (Este Caballero, que no es andante, fue célebre por improvisar discursos de hasta ocho o nueve horas sin pausa ni respiro.) Fuera de los recintos oficiales, en las calles de La Habana, Santiago, Holguín y Camagüey la gente bailaba, cantaba, bebía, reía, hacía una acertada gala de su sensualidad. Estúpidamente me dije: “si esto es producto del socialismo, me apunto”. Estúpidamente, porque la alegría es consustancial al cubano, y se manifiesta pese al zoocialismo de la miseria al que se halla condenado. Mis primeras reservas se produjeron cuando en la calle quise comprar H. Upmann y me dijeron que esos cigarrillos sólo se podían adquirir en los hoteles para “invitados”, a los que no tenía acceso la población. Sólo más tarde comprendí que en Cuba no era lo mismo ser funcionario del gobierno o invitado de éste, que ser simplemente cubano, pues los zoocializados tienen prohibida la entrada a los hoteles y restaurantes exclusivos para funcionarios y turistas de izquierda —y ahora de cualquier otro signo. El único requisito es que, cuando no son funcionarios, sean extranjeros que dejen sus dólares o euros ahí. De otra manera, esto ocurre también en la jungla capitalista, en donde no es lo mismo ser el señor Calderón o invitado del señor Calderón a una fiestecita en Palacio Nacional (otro oxímoron) que ser

sencillamente mexicano. El mexicano tiene derecho a entrar en cualquier hotel o restaurante, pero la mayoría no lo puede hacer porque carece de recursos para disfrutar de ese derecho.

Vuelvo al personaje de Manuel Pereira. Lucio Gaitán viaja, y gracias a sus viajes, se le presenta la oportunidad de huir del zoocialismo, pero piensa que para poder dar ese paso necesita olvidar todo, borrar la memoria de su pasado. Sin pensarlo, de esta manera se impone una condición que lo homologa con los fabricantes del hombre nuevo (ya viejo), que pretenden hacer tabla rasa del pasado. La negación de Lucio Gaitán es Cabrera Infante, que huyó del zoocialismo tropical, pero jamás se alejó de su pasado, recreado con cruel ironía en novelas como *La Habana para un infante difunto*. Otra negación es Manuel Pereira con esta novela.

Hay muchos elementos en *Un viejo viaje* que me han entusiasmado. Uno de los que más me han llamado la atención es que su personaje es muy distinto a los disidentes de la URSS y de los países centroeuropeos, convencidos de que el verdadero paraíso está en la jungla desarrollada de Occidente, pero que una vez que lograban escapar de su Gulag zoocialista y se instalaban en la “libertad duradera” vivían profundamente decepcionados. Este fue el caso de Alexandr Soljenitzin, que en su discurso de Harvard (*Un mundo dividido*) hizo una dura crítica de Occidente.

De entrada a Lucio Gaitán lo mandan a viajar como representante oficial por los países pobres del llamado tercer mundo. Luego lo despachan a los zoocialistas. Y finalmente a los de Europa occidental. A los primeros lo envían para que vea la miseria. A los segundos para admirar las conquistas zoocialistas. Y a los terceros para mantener o aumentar el interés de intelectuales y artistas en la zoología fantástica cubana. Lo importante aquí es que Lucio Gaitán no se engaña: la miseria en América Latina no supera la miseria zoocializada en Cuba; las conquistas zoocialistas en los zoológicos hermanos son tan inexistentes como en Cuba; comer hamburguesas (que es lo único para lo que le alcanzan sus miserables viáticos) no es un símbolo de libertad. Su isla es el horror, pero Occidente no es precisamente la bienaventuranza. Allá es imposible la libertad; acá es muy difícil vivirla. Occidente no es, pues, el mejor de los mundos posibles. Me recuerda un personaje de Milan Kundera, Sabina, que en *La insostenible levedad del ser* se burla del kitsch norteamericano cuando un magnate *made in USA* le señala unos niños que juegan en un parque y le dice algo así como: “mire qué maravilla. Esta es la libertad”. Sin lugar a dudas, los norteamericanos del *Tee Party* creen lo mismo.

RESEÑAS

El sentido del humor de Manuel Pereira es otro de los rasgos atractivos de su novela. Está un poco por todas partes, pero adquiere una particular tonalidad cuando conocemos al funcionario de la cultura al que Lucio Gaitán apoda “Codito”, porque en lugar de dar la mano da el codo. Me recuerda a un poeta-burócrata que conocí en Casa de las Américas mientras Bola de Nieve entonaba *Monsieur Julian*.

¿Por qué titulé esta reseña *Largo viaje del paramecio*? Además de que los paramecios son protozoos ciliados en forma de zapatilla, hay una anécdota que recorre la novela de manera intermitente y que sólo hacia el final, como lo espera el lector, se encuentra con el protagonista. El viaje del paramecio es otro viaje, pero a la vez es el mismo viaje que el de Lucio Gaitán. Es como si al paramecio le asaltaran la mismas dudas y estuviera sometido a los mismos vaivenes del personaje. Como Gaitán, el paramecio navega, o vuela, propulsado por las dudas.

Un capítulo que me llamó poderosamente la atención es aquel donde se retrata el delirio de grandeza del director del zoológico zoocialista. Pero no creo que esta peculiar forma del delirio sea exclusiva de “el Caballo” que administra la nueva granja de los animales. Todos los que han gobernado México la han padecido por igual. Baste con recordar la fiestecita del 15 de septiembre pasado, que fue un fracaso tan grande y tan costoso como el de la zafra de los diez millones en Cuba.

216 Hay un pasaje que me remite a las experiencias vividas en el pasado por algunos emigrados rusos en Europa.

“Marcharse de Cuba —escribe Pereira en la página 282— era salir de una olla de grillos para caer en otra. La diferencia era que en la segunda olla al menos había algo que comer. Muchos expatriados parecían esperar que los advenedizos pidieran disculpas por haber esperado “tanto” en abandonar la isla. ¿Quién les había dado la facultad sacerdotal de otorgar perdones? Salvo raras excepciones, aquella burguesía cubana era tan inculta y recalitrante que primero había puesto a Batista y luego a Fidel”.

Una de las más grandes poetas rusas del siglo XX, Marina Tsvietáieva, tardó en abandonar el país del zoovietismo porque estaba casada con un ruso blanco que se hallaba en el frente de guerra contra los bolcheviques. Cuando éste emigró, Marina salió de las URSS y se asentó en París, en donde no sólo en la olla casi no había que comer, sino que fue víctima del desprecio y la sospecha de los emigrantes de la primera hora. Pero esto no era lo peor. En alguno de sus cuadernos, escribe la poeta que en la URSS no la publican porque su poesía

no es revolucionaria, y en París tampoco porque sus poemas no son contrarrevolucionarios. La burguesía rusa emigrada era tan inculta y recalcitrante como sus enemigos y, por supuesto, como la cubana.

Hay una cita de Voltaire en la página 320 de la novela de Manuel Pereira:

“Se ha pretendido en varios países que no le estaba permitido a un ciudadano salir de una nación en la que el azar le había hecho nacer; visiblemente el sentido de la ley es: este país es tan malo y está tan mal gobernado que prohibimos a cada individuo que salga, por miedo a que se vayan todos”.

Esto es terriblemente verdadero para la Cuba de hoy, pero hay que añadir el complemento directo: en el mundo actual no sólo es difícil salir de un país mal gobernado; también es difícil ser admitido en el país que se elige como destino. Los cubanos no son admitidos en México, los mexicanos no son admitidos en los USA, los latinoamericanos, musulmanes y africanos no son admitidos en Europa. El mundo es malo y está muy mal gobernado. Eso pensaban Marina Tsvietaieva, Alexandr Soljenitzin y, no creo equivocarme, Manuel Pereira, y precisamente por esto, más que nunca, navegar es preciso, pues navegar es vivir, mientras que sólo vivir es vegetar.

JULIÁN MEZA

ESTUDIOS historia filosofía letras

217